



Aportación de José Vidal Taléns. Facultad de Teología.
Párroco de San Lázaro de Valencia

Recrear la identidad sacerdotal para la nueva evangelización... desde las parroquias

Queridos hermanos sacerdotes

Permitidme esta fórmula epistolar. Llevo muchos años de sacerdote. Nunca me había dedicado a estudiar el tema de la identidad sacerdotal. Preocuparme por la identidad lo veía como una crisis en la misión, y no dejaba de ver mucha misión por la que trabajar y estudiar. Haberme llamado a colaborar en la Comisión creada para animar el Encuentro Sacerdotal ha hecho que desde el pasado julio entrara en el tema.

Lo primero que me puse a leer fue el libro *¿Qué es ser cura hoy?*,¹ del que fue nuestro profesor, en el Seminario y la Facultad recién creada, D. Agustín Andreu, escrito en el inmediato postconcilio, hace hoy 50 años. Había entrado en el Seminario de Valencia la crisis de los seminarios, de la que también hace 50 años escribió un libro Olegario González de Cardedal.² Estallaba el problema de la identidad sacerdotal y bastantes compañeros nuestros, sacerdotes, se secularizaban en los años que vinieron después. Unidos a ellos, no nos fue ajena su crisis. Pero muchos otros permanecemos como sacerdotes recreando nuestros modos de ser sacerdote en un mundo secular, plural y democrático como el que se nos echaba encima.

Valencia había conocido grandes figuras sacerdotales por su acendrada oración y ascesis, dedicación catequética y apostólica. La Diócesis no había sido ajena al tema social. El Arzobispo Olaechea, y muchos otros párrocos de las parroquias valencianas se preocuparon de la educación, de la vivienda y de la cultura popular, creando diversos patronatos en los pueblos, muchos de los cuales aún están en funcionamiento. Luego, otros muchos, con diversos matices, durante la década de los 70, sin abandonar el servicio li-

¹ Agustín ANDREU RODRIGO, *¿Qué es ser cura hoy?*, Marfil, Alcoy 1968. Entra de lleno en la crisis que suponía para el sacerdote concebido hasta entonces cuando modo sacral de existencia era desplazado por el mundo moderno y debía buscarse un nuevo modo de emplazarse en él, volviendo al Evangelio de Jesús y desde el horizonte abierto por la *Gaudium et Spes* del Concilio. Estaría de acuerdo con los problemas que plantea, que en parte aún perduran, no con las propuestas o soluciones que imaginaba entonces.

² Olegario GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *¿Crisis de seminarios o crisis de sacerdotes?*, Marova, Madrid 1967.

túrgico y devocional de los pueblos, nos volcamos en los movimientos apostólicos e iniciativas culturales y sociales, mientras la sociedad avanzaba en la transición política hacia la democracia.

Después, avanzados los años del postconcilio, empezó a aparecer la necesidad de un retorno a la identidad católica, a la claridad doctrinal dogmática y moral, vinieron los avisos sobre desviaciones litúrgicas, la llamada a la comunión eclesial; y comenzaron a circular expresiones como “desafeción eclesial” o “secularización interna”, que algunos escuchábamos molestos, pero que en lo que tuvieran de razón tratamos de corregirnos

El Concilio, que había hablado del Pueblo de Dios que es la Iglesia, había redactado decretos sobre el ministerio de los Obispos, sobre los Presbíteros, sobre la Vida religiosa y sobre los Seglares. Pero no parecía que la comprensión actual y futura del sacerdote secular quedara tan clara, en dependencia de su Obispo y ante los desafíos que significaba la valoración de las realidades terrenas y la mayoría de edad del laicado en la Iglesia.

Dos tensores tiraban del sacerdote tensionándolo. Por una parte, su ordenación sacramental le vinculaba a su obispo y, por medio de él, a la sucesión apostólica que parte del envío o misión de Jesucristo resucitado, y le constituía en su diferencia respecto del mundo y la comunidad. Y, por otra parte, su servicio de fe, palabra y sacramento, a la comunidad cristiana, a su vez ella, también sacerdotal, con nueva conciencia de su corresponsabilidad en la misión de la Iglesia; tirón que le inclinaba a ser uno en medio de la comunidad, por más que cumpliera su papel de animador de la fe de la comunidad. Entre el protagonismo de los obispos y el de los laicos o comunidades debían buscarse un espacio propio los sacerdotes.³

El paso de los años ha corrido ya en nuestro favor. Hoy me atrevo a decir que el ser y no ser del sacerdote lo veo y lo vivo más claro. Creo advertir que los obispos tienen también conciencia de que deben contar más con sus sacerdotes para las iniciativas evangelizadoras en su Diócesis. Porque no ha bastado, para relanzar la evangelización, el refuerzo institucional de la identidad católica, llevada a cabo en las últimas décadas en nuestra diócesis, con las apuestas por contar con centros de estudios católicos, y medios de comunicación católicos, hospitales, fundaciones, asociaciones y movimientos de clara identidad católica; para lo que no les faltaron laicos competentes y fieles, y algunos sacerdotes; sin olvidar las obras católicas de las órdenes religiosas.

El refuerzo identitario e institucional se ha conseguido. No tanto la evangelización de los que se iban alejando y hasta reaccionando en contra.

³ El prolífico sacerdote mercedario, hoy secularizado, Xabier Pikaza, hace poco aún publicaba un libro con el significativo título *La novedad de Jesús: Todos somos sacerdotes*, Nueva Utopía, Madrid 2014.



En este tiempo, alguna vez he dicho que la parroquia y sus curas quedábamos como el pariente pobre en la familia de la Iglesia.

Hoy comienzo a no verlo así, y si abrimos nuestra mirada a la vida diocesana y, sobre todo, de otras diócesis del mundo, vemos bastantes ejemplos de renovación parroquial y, en algunos lugares de Europa y América, pujanza evangelizadora desde la realidad parroquial. El sacerdote se redimensiona en su ministerio y encuentra su sitio, cuando vemos a obispos que creen en sus presbíteros y a laicos formados y corresponsables en la misión de la Iglesia.

La tarea de la evangelización en las sociedades seculares y pluralistas nos supera a todos. Todos, no hemos de hacerlo todo. Pero es muy importante que los presbíteros en parroquias y comunidades seamos conscientes de nuestro ser y misión. La evangelización no la llevamos a cabo los sacerdotes solos, pero también los sacerdotes.

No sólo las parroquias, pero también las parroquias. La *Evangelii Gaudium* nos lo recuerda: “La parroquia no es una estructura caduca”. Las parroquias no lo somos todo en la Iglesia; pero ésta no puede prescindir de la Iglesia particular diocesana para cumplir su misión y realizarse como Iglesia; ni la Iglesia diocesana puede prescindir de sus parroquias, si es que ha de manifestar la unidad del pueblo de Dios en un territorio. Obispos, sacerdotes, laicos y religiosos nos necesitamos todos para hacer visible la Iglesia plena, universal y concreta en sus realidades locales.

Esta convicción del valor eclesial y humano de la parroquia es esencial para recobrar el valor del ser y ministerio de los presbíteros en la diócesis presidida por su obispo. Las órdenes religiosas, los Institutos seculares, la *Prelatura nullius*, los movimientos especializados, los carismáticos y los neocatecumenales, así como tantos otros nuevos movimientos eclesiales, habían nacido con vocación evangelizadora; esto era claro. Pero durante demasiado tiempo parecía que los movimientos y comunidades nacían porque de las parroquias no se podía esperar más. Precisamente esto es lo que debe cambiar en la actualidad, y primero en la mentalidad de los sacerdotes.

Son tiempos de encaminarnos todos hacia un mayor equilibrio en la Iglesia después de tantos años planteándolo todo en alternativas, o esto o aquello y esto contra aquello. Es posible sumar y no restar. Por eso, me atrevo a pensar que ha llegado el tiempo de reequilibrar tantas dimensiones eclesiales, que hemos vivido en tensión dialéctica o en clara oposición de unas con otras. Os ofrezco siete propuestas de equilibrio en las que la identidad sacerdotal se recrea para relanzar la evangelización.

1. Equilibrio entre movimientos y parroquias

Para comenzar mencionaremos la necesidad de este reequilibrio en la evangelización de la Iglesia contemporánea que cuenta con movimientos y parroquias. Un mayor equilibrio en este campo nos invita a asumir de una vez el valor propio de la parroquia, y no como algo en caída, a lo que hay que buscarle alternativas comunitarias autónomas o extraparroquiales. El Papa Francisco sólo da unas pinceladas pero muy interesantes:

La parroquia, no es una estructura caduca; precisamente porque tiene una gran plasticidad, puede tomar formas muy diversas que requieren la docilidad [al Espíritu] y la creatividad misionera del Pastor y de la comunidad. [...] Si es capaz de reformarse y adaptarse continuamente, seguirá siendo ‘la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos e hijas’ (Juan Pablo II). Esto supone que realmente esté en contacto con los hogares y con la vida del pueblo [...]. La parroquia es presencia eclesial en el territorio, ámbito de la escucha de la Palabra, del crecimiento de la vida cristiana, del diálogo, del anuncio, de la caridad generosa, de la adoración y la celebración. A través de todas sus actividades, la parroquia alienta y forma a sus miembros para que sean agentes de evangelización. Es comunidad de comunidades, santuario [visible y abierto] donde los sedientos van a beber para seguir caminando; y centro de constante envío misionero. (EG 28).

En el número siguiente el Papa valora también a los movimientos pero no como alternativa a la parroquia:

Las demás instituciones eclesiales, comunidades de base y pequeñas comunidades, movimientos y otras formas de asociación, son una riqueza para la Iglesia, que el Espíritu suscita para evangelizar todos los ambientes y sectores. Muchas veces aportan un nuevo fervor evangelizador y una capacidad de diálogo con el mundo que renuevan a la Iglesia. Pero es muy sano que no pierdan el contacto con la realidad tan rica de la parroquia del lugar, y que se integren gustosamente en la pastoral orgánica de la Iglesia particular. (EG 29).

2. Equilibrio entre las dimensiones de nuestra persona humana y el ministerio sacerdotal asumido

Esquivando alternativas, deberíamos aspirar a un mayor equilibrio personal, que nos lleve a asumir bien nuestra compleja identidad sacerdotal; compleja porque ha de contar con lo humano del sacerdote nunca desaparecido, el envío por parte de Jesucristo sellado con el sacramento del Orden, y la misión evangelizadora al frente de comunidades de cristianos, creciendo en su fe y en el discipulado misionero.

Dios cuenta con nuestra humanidad corpórea y espiritual, afectiva e intelectual, familiar y social, cultural y política, trabajadora y creativa. Nada queda destruido por la ordenación sacerdotal, más bien todo ello es reque-



rido para desempeñar bien el servicio que se va a prestar. Esta dimensión de nuestro ser humano reclama un equilibrio mayor cuando se pone al servicio de Jesucristo, quien nos elige para llevar a cabo en adelante su misión salvadora, liberadora y redentora de lo humano, de los hombres y mujeres concretos. No es imposible esta integración de lo humano, y es necesario llevarlo bien, porque también lo humano en nosotros tiene sus exigencias, fortalezas y fragilidades. Nos ayudarán las dos próximas ponencias.

Gisbert Greshake no ve que se desprecie el ser humano de los sacerdotes, por el hecho de que una persona integre su existencia en algo mayor que ella, en la autodonación de Jesucristo. Ésta es algo objetivo y previamente dado al sacerdote. Se trata de la autoentrega de Jesucristo siempre actual en la Tradición apostólica de la Eucaristía. El sacerdote, con confianza y fidelidad, compromete su propio “yo” humano, su propia identidad personal, con dicha autodonación de Jesús. El sacerdote recibió de sus padres la vida y la libertad; y de la Iglesia, en su Obispo, recibía la autoentrega (la *traditio Jesu*), la autodonación de Jesús, con la que libremente decidíamos identificarnos y crecer en ella como humanos, hasta la altura de la humanidad cuya plenitud expresó Jesucristo.⁴ Lo humano, lo cristiano y lo sacerdotal aspiran a integrarse en la unidad de la persona del sacerdote.

3. Equilibrio entre el ser y misión del sacerdote

Estos son tiempos en que la dimensión religiosa de la vida se vive apelando muchas veces a las experiencias personales y colectivas. Se dan conversiones de jóvenes y adultos y algunos las orientan hacia el sacerdocio ministerial. La vocación radica en una u otra experiencia de fe libre y generosa. Entre los sacerdotes de mi generación, arriba o abajo, era más difícil que ahora escuchar este lenguaje: “Jesús me ha llamado al sacerdocio”; “tuve una experiencia que me lo cambió todo, me convertí al Señor y me ofrecí al sacerdocio”; o “en el camino de fe de mi comunidad descubrí la vocación”. Me merecen todo el respeto, y que el señor que comenzó en ellos la obra buena, la lleve a término.

Quienes no nos expresábamos así y, sin embargo, nos ofrecimos para ser sacerdotes, hemos de recordar el momento en que el Obispo o su representante acogía nuestro ofrecimiento y sancionaba así la vocación. Una vez ya ordenados sacerdotes, nos dedicamos en cuerpo y alma a la misión pastoral que se nos encomendó, y es posible que para algunos se difuminara la conciencia de haber sido elegidos por Jesucristo y haber sido enviados por Él, por medio de los sucesores de sus Apóstoles, en concreto nuestro Obispo. Como animadores de la fe del pueblo, es posible que algunos no siempre

⁴ Cf. Gisbert GRESHAKE, *Ser sacerdote hoy*, Sígueme, Salamanca ³2010, 50-51.

fuéramos consciente de ser y estar “en representación de” Jesucristo Cabeza de la Iglesia cuando celebráramos la Eucaristía. Ha llegado el momento de reequilibrar nuestro ser sacerdotes y nuestra misión en el mundo.

En tiempos del postconcilio la Iglesia miraba con simpatía los valores del mundo moderno sin dejar de ser también crítica con sus contravalores. Pero llevamos ya tres siglos de modernidad y seguimos experimentando la no salvación de lo humano cuando queda en nuestras solas manos. Debemos renovarnos en la convicción de que Dios es la salvación del hombre, y Jesucristo es el ser humano en plenitud precisamente por ser el Hijo de Dios. En virtud de su presencia como Resucitado por medio de su Espíritu, sus discípulos y Apóstoles, en la historia que siguió, la Iglesia fue y es un bien para el mundo, y es garantía de humanidad y de la dignidad humana, en sus fortalezas pero también en sus flaquezas cuando confiesa sus pecados. No estar convencidos de que la Iglesia es un bien, a pesar de los pecados de sus miembros, nos dejaría a merced de tantas personas y agrupaciones de nuestra sociedad, que piensan que la Iglesia es una institución dañina para la sociedad abierta de las democracias, y que solo vive para a sus intereses privados.

Sin embargo, nosotros pensamos que la Iglesia y el ministerio ordenado, la presencia del sacerdote, al frente de la comunidad, es un regalo de Dios para el mundo, para el pueblo al que sirve. Es una presencia buena, porque el sacerdote nos recuerda que está ahí en representación del mismo Jesucristo resucitado en persona, y está ahí en representación de la Iglesia particular toda, presidida por un sucesor de los Apóstoles. Es, en fin, el regalo de Dios y de su gracia redentora que nos precede, y que la misma comunidad no puede darse a sí misma.⁵ No olvidemos esta representatividad de la gracia redentora de Jesucristo, llevada con humildad pero con convicción de representar algo muy bueno para los hombres, aunque no siempre nos lo reconozcan.

Aceptar, pues, haber sido “elegidos por” Jesucristo y “enviados por” Él, en la cadena de los Apóstoles enviados a evangelizar, no es algo de lo que enorgullecerse, no nos hace acreedores de ningún derecho o privilegio en la sociedad, sino que nos hará humildes y responsables del encargo recibido de Jesús. Jesucristo se ha fiado de mí y me ha confiado el ser su presencia orante y salvadora en medio de la comunidad cristiana y al frente de ella, simbolizando el Don de Dios que nadie se puede conquistar, y que a nadie se puede imponer. Que Jesús me haya elegido no lo pensaba de joven, aunque leyera el “no me habéis elegido vosotros a mí”. Ahora asumo que ha

⁵ Sin esquivar ninguna de las cuestiones teológicas y pastorales que suscita el ministerio ordenado del sacerdocio, ofrece una teología muy acertada y equilibrada el libro: G. GRESHAKE, *Ser sacerdote hoy*, o.c.



sido así, y me sobrecoge, como si no me lo pudiera creer, y que su confianza me compromete.

4. Equilibrio entre lo ontológico y lo ético en el sacerdote, entre la gracia sacramental y la ejemplaridad de vida, entre el actuar *in persona Christi* y el seguimiento de Jesús

El “carácter sacerdotal” y el *ex opere operato* de la gracia sacramental venía a garantizar el “ya” de la salvación acaecida en Jesucristo para la humanidad⁶. Aquel “sí” de Dios al hombre no dependía de los méritos o deméritos de quien lo representaba, no dependía de la moralidad o inmoralidad del ministro ordenado. Esto era una forma de comprender que la voluntad de comunicar Dios su salvación no iba a fallar, permanecería fiel hasta el final. La comunidad creyente que celebraba la Eucaristía u otro sacramento, recibía la salvación de Dios aunque en ese momento el sacerdote estuviera en pecado.

Esta comprensión, buena en sí, pudo y ha podido significar un aflojar las exigencias éticas del discípulo de Jesús, que sigue siendo el sacerdote ordenado. Como si el trabajo del sacerdote se realizara igualmente si éste es santo o pecador. Y como si el trabajo del sacerdote fuera celebrar los sacramentos y devociones del pueblo como un trabajo funcional. Y llegando a la caricatura, con aquel dicho de *misa pro mensa* y algún otro ingreso más, el sacerdote ya tenía su vida satisfecha. No es eso, diremos, no es eso.

El sacerdote antes que “apóstol” es “discípulo” de Jesús, en seguimiento de sus huellas, su imitación hasta la identificación con sus sentimientos y actitudes profundas, respecto de Dios, el Padre, y respecto de los hombres sus hermanos. A veces se ha contrapuesto el seguimiento de Jesús a la ac-

⁶ Hay una corriente de ensayos sobre el sacerdote, desde A. Andreu (1968) hasta X. Pikaza (2014), pasando por H. Küng, L. Boff, E. Schillebeckx, H. Haag, P. Hoffmann, E. Drewermann...; todos ellos tienden a desligar el ministerio presbiteral del clericalismo y a situarlo como un servicio en el seno de la comunidad del pueblo de Dios. Se trata de un servicio evangelizador y congregante de la comunidad formada por los conversos bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Y, cuando las comunidades están constituidas, se trata del servicio de pastor o animador, sí, al servicio de la unidad y la cooperación de los otros carismas o ministerios laicales. Desacralización de la persona presbítero, desindividualización, desprivatización y desinstitucionalización del servicio. El costo que se paga: elevar el nivel ético y de ejemplaridad moral tan alto para la comunidad y para el presbítero que se hace depender la salvación (aportada ya por Jesucristo con el reinado de Dios inaugurado) del compromiso ético de la comunidad y sus representantes. Aunque la verdad es que al subrayar la sacramentalidad de la salvación escatológica, eficiente a pesar de la no ejemplaridad de la comunidad o de sus ministros, tiene el gran costo de la pérdida de la credibilidad de la oferta cristiana.

ción sacramental. Es tiempo de equilibrar ya la acción sacramental, el modo como la redención del hombre acontece en la historia, “a modo de siglos”, y la acción comprometida con la humanización de la vida de los hombres y mujeres, mayores y niños, nuestros hermanos, a los que como Jesús nos acercamos para cuidar de ellos y despertar su dignidad de hijos de Dios.

Con ser importante el acto de la celebración de la Eucaristía, este acto no puede justificar el día entero de un sacerdote, y no lo digo yo, lo advertía ya Karl Rahner cuando decía que la potestad cultural no da razón del día entero del sacerdote.⁷ Las celebraciones no nos eximen del tiempo de trabajo como tampoco a los laicos. Además de celebrar en el sacramento la fe en la redención y la esperanza escatológica, hay que cooperar con el Creador en la construcción de un mundo más justo y más fraterno, con los trabajos civiles o con los trabajos pastorales o el estudio.⁸

5. Equilibrio entre la sacramentalidad y la evangelización, entre la evangelización y la liberación humana, entre vida cristiana coherente y religiosidad popular

Superando oposiciones y alternativas, o esto o aquello, esto contra aquello, debemos recordar que llevamos muchos años y muchas reuniones arci- prestales poniendo énfasis en una dimensión o en la otra de las señaladas. La cuestión en sí saldrá más adelante cuando se trate la “conversión pastoral de las parroquias” en palabras del Papa Francisco, para reordenar toda la acción parroquial en clave evangelizadora y misionera. Ahora, sólo se trata de advertir cómo nos afecta a nuestra vida personal de sacerdotes. Constatar cómo tras las discusiones y oposiciones, cuando volvemos al silencio en casa o en el templo después de la reunión arci- prestal, tomamos conciencia que todo es más complejo y que somos diferentes estilos sacerdotales, que debemos respetar y es posible que nos complementemos unos a otros.

⁷ “Nos parece que la potestad cultural del sacerdocio ministerial, como tal, no puede fundar directamente una existencia. En primer lugar, llama la atención cuán poco capaz es el ejercicio de ese poder de ocupar el tiempo de toda la vida de un hombre” (K. RAHNER, *Escritos de Teología* III, Taurus, Madrid 1961, 271-296, cita en 290). Alude a la dimensión profética-pastoral, además de la cultural, como consecuencia misionera del seguimiento de Jesucristo, que en el momento de la acción eucarística se expresa máximamente como entrega existencial del sacerdote unida a la entrega de Jesucristo.

⁸ El criterio expuesto es acertado, pero también están los sacerdotes que deben celebrar 4 o 5 misas en distintos lugares en un día; se entiende que esta actividad se convierte en la jornada de trabajo de ocho horas, entre las celebraciones, desplazamientos y atención a las personas que acuden.



Unos apelan al Código de derecho canónico y normativas diocesanas sobre las condiciones en que han de venir las personas a las celebraciones sacramentales. Otros relativizan estas exigencias apostando por el trato humano que posibilite la base de una futura evangelización. Otros insisten en que la evangelización se traduzca en transformación de las condiciones de vida digna en nuestra sociedad, para lo cual apostan por la creación de grupos o comunidades críticas, que a la luz del Evangelio analicen la realidad social que nos toca sufrir y propongan acciones transformadoras, sin las cuales no acaban de ver el valor de los sacramentos. Otros creen en la promoción y dignificación de la religiosidad popular como cauce de evangelización. Otros insistirán en el arraigo en la cultura del pueblo para poder evangelizar.

En silencio, luego, contemplamos que todos tendrán su parte de razón y que nuestra persona no puede cubrir bien todas las dimensiones aludidas. Aquí es donde se le pide al sacerdote humildad y responsabilidad. Hay distintos estilos de vida sacerdotal y distintos modos de acción pastoral. No podemos ser buenos en todo y, además, no debemos minusvalorar lo que hacen otros sacerdotes porque no es lo que yo hago. Las nuevas generaciones de sacerdotes aportan otros estilos, y hay que reconocerles su generosidad y creatividad. Escuchar y acoger las insistencias y acentos de los otros, y tratar de integrarlas en nuestra vida en lo que nos sea posible, sería la mejor actitud sacerdotal. El problema de la evangelización de nuestra sociedad nos supera a todos y es tan grande que no lo podemos abordar en todas sus posibilidades cada uno por separado.

Ahora bien, como presbiterio diocesano podemos observar que lo que no está fallando es la ordinaria administración de los sacramentos y la predicación vinculada a ellos, la atención a las devociones y religiosidad popular, la atención a las instituciones o movimientos de titularidad católica, y la catequesis de infancia y de adultos que aceptan o nos piden la formación cristiana. De cara a nuestra incidencia en la sociedad llevamos bastante bien la atención a los necesitados desde nuestra Cáritas. No llevamos tan bien nuestro saber estar y actuar como sacerdotes en una sociedad democrática y pluralista, que en algunas de sus manifestaciones necesita tomar distancia o criticar la influencia y el poder de la Iglesia. Y no llevamos tan bien el diálogo con la cultura actual y con la cultura fraguada en la historia del pueblo valenciano.

Ha llegado el momento del discernimiento entre todos. Este proceso de Reencuentro Sacerdotal durante este curso, y lo que haga falta, nos pasa la palabra para que, con serenidad, con las espadas bajadas del todo, aportemos la luz que cada uno ve y la urgencia que cada uno siente, y seamos capaces de hacer propuestas razonables para que puedan ser asumidas por el

presbiterio diocesano. Y mientras eso sucede, recobrar la fe en que todos somos necesarios pues, bien que mal, tratamos de encarnar en nuestras vidas dimensiones del único sacerdote Jesucristo, con el que ofrecemos nuestras vidas para la vida del mundo.

6. Reequilibrio de la acción pastoral de Obispos y Presbíteros en nuestra Diócesis

Es cierto que el ejercicio de la potestad sacerdotal depende del Obispo, pero participamos todos del único sacerdocio de Jesucristo resucitado para la redención del mundo, aun en diverso grado (LG 28). También es cierto que los obispos tienen a los presbíteros como “necesarios colaboradores y consejeros en el ministerio y función de enseñar, santificar y apacentar el pueblo de Dios” (PO 7). ¡Colaboradores necesarios!

Si vamos a decir que el sacerdote actual no debe ir sólo en su tarea, también habrá que decir que el obispo no debe ejercer sólo su tarea, aunque a cada uno le incumben distintas responsabilidades. En este apartado no vale la pobre visión de un sacerdote como pueda ser la mía. Os confieso que he participado en muchas reuniones arciprestales y charlas de café, y hace años en algunos movimientos sacerdotales, donde fácilmente hemos hablado de lo que no nos parece bien de nuestros obispos y sus vicarios, así como de las delegaciones diocesanas. Luego, cuando me quedo sólo me siento mal, porque soy consciente de que no dispongo de todos los datos para enjuiciar bien una decisión o actuación episcopal. Pensar que yo en su lugar lo haría mejor me echa hacia atrás, y no me lo creo. ¿Entonces?

Lo que hoy se nos propone es dejar de hacer algunas cosas los obispos, y dejar de hacer algunas cosas los presbíteros, para sacarnos tiempo para la reflexión y estudio de propuestas, y aceptar entrar en diálogo. Los cauces institucionales para la comunicación están. Además del Consejo de Gobierno de la diócesis con los Obispos y Vicarios episcopales y técnicos, además del Consejo de Consultores del Obispo, está la institución conciliar del Consejo de Presbiterio, aunque, dado que es consultivo, tiene el valor que le quiera dar el Obispo. Después está el Colegio de Arciprestes. Y estamos los sacerdotes personalmente.

Si no nos sacamos tiempo para pensar los problemas y llevarlos estudiados al diálogo sacerdotes-obispos no será fácil mejorar. Esto significa que podría ser una prioridad para obispos y sacerdotes este diálogo y, si así fuera, le reservaríamos tiempo; quizá ha llegado el momento en que es posible y es necesario. El momento presente viene después de los últimos episcopados en Valencia, que han llevado orientaciones y han tomado decisiones que no contaron con la complicidad de sus sacerdotes, ni se esforzaron mucho en conseguirla porque más bien desconfiaban de ellos. Los obispos han



de comprender que haya sacerdotes que puedan no coincidir en sus contenidos doctrinales o en sus decisiones pastorales, aun manteniéndose fieles en la unidad de la fe y comunión de la Iglesia. Hay matices, y hay modos de proponer la doctrina de la Iglesia en los que pueden haber diferencias. Conocerlas podría ser un bien para la Iglesia diocesana.

Esto nos obligaría a los sacerdotes a no hablar sin fundamento, sino a preparar y formular mejor nuestras opiniones o propuestas, y aceptar entrar en un verdadero diálogo, en el que es posible que no se imponga nuestra opinión; o incluso que debamos corregirnos cuando el otro nos dé argumentos convincentes; o cuando se nos expongan los inconvenientes; aceptando desde la fe y la caridad que, al final del diálogo, el obispo tiene la autoridad que le concede su ministerio para decidir por el bien de la Iglesia. Es, pues, momento de recrear la confianza mutua, más allá y más acá de que sigan habiendo discrepancias. Estar en comunión no elimina las diferencias en la Iglesia, y las diferencias pueden ser riqueza del Espíritu cuando se viven en la comunión.

7. Reequilibrio entre sacerdotes y laicos, con los otros sacerdotes y con los religiosos

You'll never walk alone. ¡Nunca más caminaréis solos! Si vais leyendo algunos libros sobre la nueva evangelización desde las parroquias,⁹ pronto os aparecerá una expresión inglesa que traducen por “liderazgo compartido”. Se trata de comprendernos como sacerdotes nunca más aisladamente. Sabemos que formamos parte de la Iglesia, que somos sacerdotes de un Presbiterio diocesano y que nos debemos a la comunidad cristiana que se nos ha encomendado. Asumimos nuestra responsabilidad propia cuando presidimos la acción litúrgica en representación de Cristo resucitado, Cabeza de la Iglesia. Pero nuestra misión de pastores no termina en la liturgia, y sabemos que por nuestro envío a la comunidad nos toca ejercer algún tipo de liderazgo, como guías, coordinadores de la comunidad cristiana en lo que es la acción pastoral y social.

Ejercer bien ese liderazgo significa ayudar a que otros hagan, a que otros crezcan, a que otros compartan la “visión”, el objetivo común que asumimos como Iglesia, y que sacerdotes, laicos y religiosos matizaremos y concretaremos, a partir de la realidad social y humana que hemos de atender.

⁹ Por ejemplo: James MALLON, *Una renovación divina. De una parroquia de mantenimiento a una parroquia misionera*, BAC pastoral, Madrid 2016. M. WHITE y T. CORCORAN, *La reconstrucción de una parroquia*, Libros Liguori, Madrid 2014. William E. SIMON, *Great Catholic Parishes*, Ave Maria Press, Indiana 2016.

Ahora se nos advierte que el desafío de la Nueva Evangelización en estas sociedades abiertas no va a poder ser sólo cosa del sacerdote. Y es que está demasiado arraigado entre nosotros una forma de concebimos sacerdotes aisladamente. Somos muchos sacerdotes que aquí en Valencia mostramos una personalidad fuerte, una originalidad contrastante, una autonomía sorprendente.

Muchas veces parece como si, una vez ordenados por el Obispo, se nos diera carta blanca para actuar libremente según nuestro estilo personal. A veces parece como si las parroquias aún se nos concedieran en propiedad, como si nosotros fuéramos los dueños de las parroquias; y hasta nos las defenderemos celosamente de las parroquias vecinas. Y cuando los laicos intervienen y no coinciden con nosotros, aún se ha podido escuchar de nuestros labios: “Aquí el que manda soy yo”. La gente que nos ha quedado en las parroquias es muy dócil y aceptará. Pero con estos modos no pasaremos de ser parroquias de mantenimiento, administrando lo que nos queda, sin asumir, como “comunidad”, una verdadera misión o evangelización en nuestros barrios, pueblos o ciudad.

Vuelve el tema del tiempo. No tenemos tiempo para una transformación tan profunda de la comunidad parroquial como la que sospechamos que sería necesaria. No tenemos laicos para formar como discípulos misioneros. Incluso los laicos caen demasiadas veces en el protagonismo y le disputan el mando al sacerdote. ¡No tenemos tiempo! Y ¿no será que no queremos tener tiempo para pasar del mantenimiento a la misión? ¿Por dónde se nos va el tiempo? No lo dudemos: esta transformación nos pide dedicarle tiempo, abrirnos a lo que otros ya están haciendo, salir a conocerlo, hacer más de alguna lectura, cambiar ritmos de nuestros horarios, recrear el estilo de ser sacerdotes para un mundo que necesita tomar distancia de nosotros o enfrentarse contra nosotros.

Podemos vivir y morir con el trabajo que nos da ya cuidar a los de cerca. Pero nos deben doler los de lejos; y estamos en la eucaristía, actuando el misterio de la redención también por ellos, los alejados, los no creyentes, los ateos combativos, las generaciones jóvenes que ya no han crecido ni se han socializado en los ámbitos de la Iglesia.¹⁰ A ellos fuimos enviados. “Id y evangelizad y haced discípulos de todos los pueblos”. Los cristianos consecuentes volvemos a ser minoría en medio del pueblo mayoritariamente

¹⁰ El obispo Raúl Berzosa, en un artículo sobre “La Parroquia, hoy”, en *Cooperador Paulino* n° 178, nos recordaba que “según los datos aportados por la Fundación Santa María, referentes a los últimos estudios sobre los jóvenes, entre 15 y 24 años de hoy, se deduce que es la primera generación de jóvenes que no han sido socializados religiosamente, y que no solo no saben nada, o casi nada de la fe o de la cultura religiosa, sino que tampoco sienten necesidad de acercarse a ella. Estamos en ‘tierra de misión’.”



pagano, como en la Iglesia primitiva. Hemos de volver al primer amor. Hace falta re-enamorarnos de la misión que nos encomienda Jesús: id y evangelizad.

Hacer cosas que dependen de la genialidad del párroco sin contar con laicos que hayan hecho suya la misma visión de evangelización y de misión, nos llenará de trabajos y de cansancios. Y con el cambio de párroco volverán a comenzar de cero, como nos decía Vicent Torregrosa: “El que vinga darrere de mí, dirà que tot està per fer”. Debemos volver a concebir una pastoral de conjunto para nuestro tiempo, unidades de pastoral, coordinación entre los sacerdotes, diáconos y laicos preparados para ser agentes de pastoral. Este criterio cuestiona hacer los nombramientos por los huecos que quedan por cubrir cada año. Desindividualizar los nombramientos. Pensar en comarcas o barrios. Pero, atención, si los Obispos y Vicarios estuvieran convencidos de este trabajar en conjunto de distintos sacerdotes formando algún tipo de unidad pastoral, ¿cuál sería la reacción de los sacerdotes? Quizá algunos ofrecieran su disponibilidad y su interés, pero me temo que muchos no lo aceptarían ahora. No se ha preparado el clima espiritual y pastoral necesario para este nuevo enfoque. Debemos prepararnos para comprender por qué debemos ensayar trabajar conjuntamente los sacerdotes y ya no más aisladamente.

Una parroquia no puede cumplir con todas las dimensiones a trabajar en la evangelización actual. Podrá haber especializaciones de parroquias. La gente hoy se mueve y se desplaza. Podrá haber concentraciones de personas según para qué tipo de acción pastoral. Hasta sobre el tema de las celebraciones eucarísticas hay más soluciones que la que ahora ofrecemos: que el sacerdote se multiplique haciendo varias misas en un día. El cambio no vendrá de la noche a la mañana. Pero ya estamos tardando en prepararlo.

Determinados a tener tiempo para la conversión evangelizadora y misionera de nuestras parroquias y diócesis, lo primero será comunicar mucho y acordar propuestas entre nosotros y los obispos. Y en cada parroquia, lo primero será contar con laicos, discernir juntos cuál puede ser su misión en una parroquia evangelizadora, llamar a otros, invitar, hacernos el encontradizo. Dedicar tiempo a formar laicos capaces de asumir un día la misma misión de la Iglesia, la misma visión que le propone hoy el párroco desde la *Evangelii Gaudium* de Francisco. Y, al fin, adoptar una estrategia para caminar juntos sacerdotes y laicos, y religiosos si los hay, caminar hacia la formación de unos cristianos que sean “discípulos misioneros” para el mundo de hoy.

Sin laicos que compartan la misma visión del párroco y se corresponsabilicen, en lo que cada uno pueda, en la misma misión evangelizadora, sin laicos capaces de invitar a otros, de acoger, de provocar encuentros, de mo-

derar diálogos, de aparcar el juicio sobre los demás o sobre los que critican la iglesia...; sin laicos capaces de catequesis de adultos y de testimonios de vida creíbles, se lo tendrá que cargar todo sobre sus hombros el sacerdote, y aunque éste sea de los que puedan hacer mucho, se agotará en el intento y, luego, siempre serán sus cosas, y el otro que venga tendrá también sus cosas, otras cosas del cura nuevo. Por tanto, espero que ahora quede más claro que un sacerdote no puede concebirse aisladamente. Nunca más el “sacerdote orquesta” que ha de tocar solo todos los instrumentos.

Por último, esta nueva pastoral de conjunto no puede olvidar a las religiosas y religiosos, a sus obras sociales y a sus colegios, casi siempre no coordinados con las parroquias. No podemos ir aisladamente sin coordinarnos ni cooperar en la evangelización. No podemos cada uno contentarnos con nuestros “clientes”, nuestros adeptos, nuestros afiliados, ni menos recelar unos de otros. Uno es el Señor que nos envía a su mies, y los trabajadores deben reflejarlo. Hoy es más evidente que antes que obispos, sacerdotes, religiosos y laicos nos hallamos ante una misión común.

8. Concluyo

Todos estos equilibrios que he presentado, serán constantemente inestables. Esto es señal de vida. Así es la vida que Dios ha creado. En el equilibrio perfecto, en la simetría perfecta, no hay vida, hay estatismo, parálisis. La vida es tensión, adecuación e inadecuación con el entorno. Fue la condición para que naciera la libertad y la dignidad humana finita, pero a imagen de Dios. Aceptaremos una y otra vez buscar acercarnos al equilibrio pero aceptaremos también nuestra finitud, por la que no podemos mantenernos en perfecto equilibrio y unas veces se acentúa más una dimensión que otra. Aceptarlo es contribuir a la paz, que no es la paz de los cementerios, porque como dijo Jesús, más de alguna vez pasa por el conflicto.

No tengamos miedo a hablar, con respeto y sumando propuestas trabajadas. Abandonemos los exclusivismos, las descalificaciones, las alternativas en oposición. Nadie sobra y nadie se impone, nos necesitamos todos, regálemonos el bien máspreciado y más escaso: tiempo. Podemos estar ante un *kairós* esperanzador. El Don que se nos ha confiado es bueno y es acertado. Podemos ser sacerdotes en esta Iglesia y tener nuestra palabra, y ofrecer nuestro servicio necesario para una nueva evangelización. Podemos ser sacerdotes en esta sociedad secularizada y plural y vivir esperanzados porque el ser humano nos necesita para su humanización.

Si consideramos la presente situación cultural, nos debe francamente parecer un milagro que, a pesar de todo, todavía haya fe cristiana. ¿Por qué tiene la fe, en suma, todavía una oportunidad? Yo diría lo siguiente: porque está de acuerdo con lo que el hombre es. En el hombre anida un anhelo inextinguible



hacia lo infinito. Ninguna de las respuestas intentadas es suficiente; sólo el Dios que se hizo Él mismo finito para abrir nuestra finitud y conducirnos a la amplitud de su infinitud, responde a la pregunta de nuestro ser. Por eso, también hoy la fe cristiana encontrará al hombre. Nuestra tarea (la de todo cristiano) es servirla con ánimo humilde y con todas las fuerzas de nuestro corazón y de nuestro entendimiento” (Joseph RATZINGER, *Communio. Un programa teológico y eclesial*, Encuentro, Madrid 2016, 230).

ESQUEMA

Introducción: Después de un tiempo de oposiciones alternativas entre distintas dimensiones eclesiales, quizá haya llegado el tiempo para intentar nuevos equilibrios donde cada valor sea respetado y tenga su lugar en la Iglesia.

Equilibrios

- 1.- Equilibrio entre movimientos y parroquias.
- 2.- Equilibrio entre las dimensiones de nuestra persona humana y el ministerio sacerdotal asumido.
- 3.- Equilibrio entre el ser y misión del sacerdote.
- 4.- Equilibrio entre lo ontológico y lo ético en el sacerdote, entre la gracia sacramental y la ejemplaridad de vida, entre el actuar *in persona Christi* y el seguimiento de Jesús.
- 5.- Equilibrio entre la sacramentalidad y la evangelización, entre la evangelización y la liberación humana, entre vida cristiana coherente y religiosidad popular.
- 6.- Reequilibrio de la acción pastoral de Obispos y Presbíteros en una Diócesis.
- 7.- Reequilibrio entre sacerdotes y laicos, con los otros sacerdotes y con los religiosos.

Concluyo:

Todos estos equilibrios que he presentado, serán constantemente inestables. Esto es señal de vida. Así es la vida que Dios ha creado. En el equilibrio perfecto, en la simetría perfecta, no hay vida, hay estatismo, parálisis. La vida es tensión, adecuación e inadecuación con el entorno. Fue la condición para que naciera la libertad y la dignidad humana finita, pero a imagen de Dios. Aceptaremos una y otra vez buscar acercarnos al equilibrio, pero aceptaremos también nuestra finitud, por la que no podemos mantenernos en perfecto equilibrio y unas veces se acentúa más una dimensión que otra. Aceptarlo es contribuir a la paz, que no es la paz de los cementerios, porque como dijo Jesús, más de alguna vez pasa por el conflicto.

No tengamos miedo a hablar, con respeto y sumando propuestas trabajadas. Abandonemos los exclusivismos, las descalificaciones, las alternativas en oposición. Nadie sobra y nadie se impone, nos necesitamos todos, regalémonos el bien más preciado y más escaso: tiempo. Podemos estar ante un *kairós* esperanzador. El Don que se nos ha confiado es bueno y es acertado. Podemos ser sacerdotes en esta Iglesia y tener nuestra palabra, y ofrecer nuestro servicio necesario para una nueva evangelización. Podemos ser sacerdotes en esta sociedad secularizada y plural y vivir esperanzados porque el ser humano nos necesita para su humanización.

Si consideramos la presente situación cultural, nos debe francamente parecer un milagro que, a pesar de todo, todavía haya fe cristiana. [...] ¿Por qué tiene la fe, en suma, todavía una oportunidad? Yo diría lo siguiente: porque está de acuerdo con lo que el hombre es. [...] En el hombre anida un anhelo inextinguible hacia lo infinito. Ninguna de las respuestas intentadas es suficiente; sólo el Dios que se hizo Él mismo finito para abrir nuestra finitud y conducirnos a la amplitud de su infinitud, responde a la pregunta de nuestro ser. Por eso, también hoy la fe cristiana encontrará al hombre. Nuestra tarea [la de todo cristiano] es servirla con ánimo humilde y con todas las fuerzas de nuestro corazón y de nuestro entendimiento. J. RATZINGER, *Communio. Un programa teológico y eclesial*, 230.